

quebrará momentáneamente el poder de los caudillos de la aristocracia norteña. En un despacho del 11 de noviembre de 1810, Castelli solicita al gobierno de Buenos Aires que los capitanes y jefes de las unidades de negros y mulatos, sean tratados con el apelativo de Don antes del apellido, una distinción reservada a los europeos.

Tanto la iglesia como las oligarquías de uno y otro bando no tardaron en darse cuenta de que se estaba poniendo en tela de juicio el sistema de la propiedad.

La guerra por la independencia se estaba transformando en guerra social.

Los oficiales saavedristas aprovecharán las tensiones sociales para sacar ventaja. Luego de obtener de Saavedra el envío de una copia de las órdenes secretas impartidas por la Junta de gobierno a Castelli, Juan José Viamonte y Eustaquio Díaz Vélez, organizaron una serie de acciones con el apoyo de la Iglesia y la aristocracia local.

El grupo de Moreno no tardó en quedar aislado. Sin el apoyo de una clase social madura, minoritario en el aspecto militar, estrategia que había consolidado las fronteras bastó a los grupos saavedristas para dar por terminado el cambio institucional, sin tocar las palancas sociales y económicas.

No les fallaba la ideología sino la sociedad.

Su debilidad quedó confirmada, cuando en la Junta de gobierno se impusieron las posiciones de Saavedra de ampliar la Junta con los Cabildos reaccionarios del interior.

Moreno quedó en minoría. Al cese de sus funciones como vocal de la Junta y Secretario de Guerra, se sumará la pérdida de su base militar cuando el 18 de diciembre de 1810, el saavedrismo sofoque la rebelión en su apoyo del Regimiento Estrella: una fuerza militar, que utilizaba el título de «ciudadano» entre sus elementos, a la manera de las tropas de la Revolución Francesa.

El revés militar de Manuel Belgrano en Paraguay, el agravamiento de la situación militar al norte, la victoria del virrey De Elío en Montevideo y la muerte sospechosa de Moreno en marzo de 1811, cuando viajaba a Inglaterra en una misión diplomática, provocaron un corrimiento a la derecha de los dubitativos y profundizaron la táctica de Saavedra de pactar a cualquier precio.

Antes, había que acabar con la revolución.

Contrarrevolución en Buenos Aires

Los morenistas se reagruparon en espera de lo peor. Los hombres de la Sociedad Patriótica y los de la Logia de Julián Álvarez, formarán el grupo opositor del Café de Marcos. El objetivo, según Ignacio Núñez, uno de los protagonistas de la época era el de «salvar el espíritu amortiguado de la revolución, extenderlo, ilustrando a los hombres sus verdaderos intereses, e influir por estos medios, sin sacudimientos violentos, en la reforma del gobierno de diputados.»

«Esta junta —escribió el propio Berutti— se ha establecido por sólo la autoridad del pueblo, y la Excelentísima Junta ha tenido que disimularlo.»

La militancia en el Café de Marcos de los jefes del Regimiento Estrella y los Granaderos de Fernando VII, no daban al saavedrismo gran seguridad: los dos cuerpos tenían su cuartel a cuatrocientos metros del Cabildo.

La crisis económica, el alza de los precios y la falta de alimentos, tendrán su punto culminante el 5 y 6 de abril de 1811, cuando los alcaldes Grigera y Campana, organizan la movilización hacia el centro de Buenos Aires, de los sectores artesanales y marginales de los alrededores de la ciudad, para hacer entrega de un pliego de reivindicaciones de 17 puntos, entre los que se contaban parte del programa de la Sociedad Patriótica de Moreno.

El saavedrismo vio la posibilidad de acabar con la oposición.

Aprovechando las circunstancias, los militares saavedristas sacaron a la tropa y presentaron un documento que nada tenía que ver con las exigencias de la población, firmado por la primera línea de los militares-terratenientes Terrada, Fernández de la Cruz, Martín Rodríguez, Bernabé San Martín, Álvarez Thomas, Pico y el degradado coronel Ortiz de Ocampo.

Se exigía la destitución de Azcuénaga, Larrea, Rodríguez Peña e Hipólito Vieytes y su inmediato reemplazo por el saavedrista Chiclana y el relevo de Manuel Belgrano —en ese momento en operaciones contra De Elío en Montevideo—.

La aceptación del pliego militar desató una carnicería.

Según Ignacio Núñez, los saavedristas parecieron decididos a acabar con cualquier rastro de revolución que pudiese existir en las tropas: se rodeó el Regimiento Estrella y se eliminó a los ocupantes del cuartel. Los jóvenes de la oficialidad fueron cazados y asesinados y los sobrevivientes deportados.

En una carta dirigida a Viamonte, Saavedra justificará la represión, realizada contra los morenistas. «La felicidad —dijo— no consiste en adoptar la más grosera e impolítica democracia.»

El proceso contra Belgrano conmocionó a la opinión pública y a los oficiales que servían a sus órdenes en la Banda Oriental. Se mandó publicar carteles reclamando la presencia de denunciantes: la maniobra acabó en un fracaso y produjo el efecto contrario: el 28 de junio de 1811, los mismos orilleros que habían ocupado la Plaza Mayor volvían para exigir el fin de un proceso.

Sin saber cómo salir de la situación, el saavedrismo ofrece al prisionero representar a Buenos Aires ante las autoridades revolucionarias, recién constituidas en Paraguay, Belgrano rechaza el ofrecimiento y exige el juicio, conociendo que en él se estaba procesando al grupo morenista.

La trampa de Saavedra había quedado al descubierto.

Sus aliados jamás le perdonarán el escándalo.

El morenismo entendió que la guerra civil, que podría provocar el choque con la derecha, sólo podía tener un vencedor: la alianza del saavedrismo y los españoles¹².

«Desde aquel día todo es quietud, sosiego y tranquilidad en este pueblo —precisa Saavedra en una carta dirigida a Viamonte dando cuenta de la derrota del morenismo—.

¹² El general Goyeneche celebró el golpe de abril como una victoria propia. En carta al general español Tristán, Gregorio Funes señala que «no tuviera cuidado, que la comisión estaba hecha por los nuestros», en referencia a la asonada en Buenos Aires.

Ya volvieron a sus casas las familias que por temor de los peligros que se creían próximos, se habían refugiado en la campaña; ya se acabaron los pasquines inicuos que diariamente inundaban las calles; todos ya se consideran pacíficos poseedores de sus casas y caudales, y ello es que todos han elevado sus manos al cielo por esta mudanza.»

El plan contra los morenistas desató una ofensiva contra Castelli, mientras Saavedra y la derecha esperaban que se aclarase el panorama internacional y las negociaciones del saavedrista Manuel Moreno en Madrid.

Saavedra no quería alterar este clima de dudas¹³.

Desde la batalla de Suipacha, el español Goyeneche preparaba una ofensiva que arrojase a las tropas de Castelli más allá de la frontera con el Alto Perú, para después atacar el propio territorio argentino. A pesar de ello, Castelli recibe la orden de no moverse.

«Las tropas —argumenta Castelli a favor de un ataque— en número mayor de 6.000 hombres armados, municionados, pagados, atendidos, ejercitados y entusiasmados, (...) aseguran el éxito sobre un ejército de esclavos, engañados y cobardes.»

Saavedra responde que no. «Al gobierno le parece que sólo la presencia de nuestro ejército al frente del enemigo será un estímulo bastante a comprometer la seguridad del contrario.»

Un mes después, la parálisis había erosionado la disciplina del ejército Auxiliar, aumentando el trabajo de los agentes de Goyeneche y desbaratando el factor sorpresa del jefe militar argentino.

El 20 de junio, en Huaqui, las tropas de Castelli fueron deshechas, mientras el saavedrista Viamonte se dedicaba a realizar desfiles con sus tropas, de acuerdo con el mejor estilo prenapoleónico.

En definitiva, Viamonte no hacía otra cosa que cumplir las instrucciones de Saavedra. A pesar de las graves violaciones al honor militar, Viamonte tomará a su cargo el puesto de Comandante de Armas con orden de Saavedra de detener a Balcarce y a Castelli en Salta y enviarlos a Buenos Aires para su juzgamiento. Aunque saavedrista, Balcarce paga caro haber negado su apoyo al golpe de la derecha en abril.

La contraofensiva morenista

El juicio a Castelli se transformará en un proceso al sector duro de la Revolución.

«Castelli no era feroz ni cruel —señala Nicolás Rodríguez Pena en su alegato— Castelli obraba así, porque así estábamos comprometidos a obrar todos. Arrójennos la culpa al rostro y gocen de los resultados... nosotros seremos los verdugos, sean ustedes los hombres libres».

Como en el proceso contra Belgrano, el intento de desacreditar a los morenistas terminó en un fracaso.

Con la caída de la frontera norte y el resultado político negativo de los procesos truncos, la Junta pierde la confianza de los grupos del poder económico. El contragol-

¹³ El gabinete español tomó conocimiento de la revolución en Buenos Aires en momentos en que se disponía a sobornar al Cabildo entregándole títulos de «fiel y leal». La noticia llegó el 7 de agosto por *The Times* y fue confirmada el 8 de agosto de 1810, por *The Morning Herald*, por medio de una entrevista al encargado de negociaciones Matías Irigoyen. La Junta de Cádiz decidió guardar los títulos y publicar la información en *El Observador de Cádiz* el 30 de agosto de 1810, mientras algunos funcionarios del Consejo de Regencia consideraban que se trataba de una reacción anti-francesa y no de un corte de relaciones con España.

pe se producirá con la salida del deán Funes a Montevideo para pactar con De Elío y el viaje de Saavedra, el 26 de agosto de 1811 al Perú, para sentar un acuerdo con Abascal.

Los hombres del Café de Marcos presionarían a la Junta descabezada para la elección de los diputados de Buenos Aires y organizan los tumultos del 11 al 19 de septiembre.

En las elecciones del 22 de septiembre de 1811, son designados los saavedristas Feliciano Chiclana y Juan José Paso, el agente de los británicos Manuel de Sarratea y, entre otros, el terrateniente Juan José Anchorena. El 23 de septiembre, se designa un Triunvirato como poder ejecutivo, compuesto por Chiclana, Paso y Sarratea como titulares y los hombres cercanos al morenismo como Bernardino Rivadavia, José Julián Pérez y Vicente López como secretarios.

Aunque a su regreso Funes trató de maniobrar, sus hombres no respondieron y el 7 de noviembre de 1811, se dispone la disolución de la Junta conservadora.

Saavedra caía de la presidencia y de la comandancia de los cuarteles. Con orden de captura irá a parar de Córdoba a Mendoza y de allí a Chile. Jamás volvería al poder, aunque sus hombres iniciarán una larga marcha hasta alcanzarlo a cualquier costo.

El 22 de noviembre, se dicta el Estatuto Provisional y distintos decretos elaborados por el morenismo, como el de la seguridad individual, la libertad de prensa y la promoción de una asamblea general que convocase a un congreso constituyente.

Restituído en el cargo de comandante de Patricios, Belgrano busca decapitar cualquier resistencia saavedrista y se impone el reglamento de Moreno sobre la «supresión de honores», entre los que está cortarse la trenza heredada de los ejércitos coloniales que utilizaban soldados y oficiales, que sólo había preservado el regimiento porteño de Patricios.

Era una provocación. El 6 y 7 de diciembre se acuartela un millar de efectivos en Patricios, y Belgrano ordena reprimir. La revolución de las trenzas acabará con el fusilamiento, el 12 de diciembre, de diez cabecillas de la insurrección.

Actuando con rapidez, el 16 de diciembre el Triunvirato denuncia que, entre los papeles de los sediciosos, se había hallado un plan golpista de los diputados del interior para derrocar al nuevo ejército y reinstalar a Saavedra y a la Junta Grande. Se ordena a los diputados provinciales abandonar Buenos Aires en 24 horas, y el deán Funes es detenido en espera de investigación.

El grupo del Café de Marcos, el 13 de enero de 1812, funda la Sociedad Patriótica, de un acto público, rompiendo la tradición clandestina¹⁴. La retórica del discurso inaugural de Bernardo Monteagudo deja en claro el programa. «En vuestras manos está abrogar el decreto de vuestra esclavitud y sancionar vuestra independencia. (...) La soberanía solo reside en el pueblo y la autoridad en las leyes.»

A pesar de la victoria política, la debilidad militar no cubría el peligro de un manotazo de ahogado del saavedrismo. Una nueva represión como la de abril podía, esta vez, acabar para siempre con el movimiento.

¹⁴ A diferencia de la red de Clubes Jacobinos de la Revolución Francesa, los grupos no pasaban de la fase conspirativa sin movimiento popular. Obviamente, este no existía o bien, estaba controlado por el clientelismo saavedrista.